

mejores reglas, que tú la inspirarás si yo faltare, á fin de que sea una muger amable, que haga las dulzuras de su esposo y la felicidad de su familia.

### CAPITULO VI.

*En lo que luce mucho la instruccion y edificante conducta de la madre de Pomposita.*

Muy resentida quedó Pomposita con el cruel tratamiento de su madre, y tanto mas cuanto que estaba acostumbrada desde muy tierna á verse aislada entre los mimos, contemplaciones y melindres de sus padres, parientes, criados y visitas de la casa. El espíritu de ira que se apoderó de su corazón fué tan vehemente, que se negó á comer aquel dia, y se resistió á tomar chocolate por la tarde, á pesar de las caricias paternas, de los ruegos de todos los concurrentes, y de las súplicas y humillaciones de su madre.

Esta era muy altiva para sufrir el orgullo de su hija mucho tiempo; y así enfadada de él la dejó, diciéndola de paso mil boberas, y se entró á la habitacion de Matilde, quien viéndola tan colérica le preguntó la causa, y ella dijo: ¿Qué ha de ser?

esa maldita muchacha tan malcriada como soberbia. ¿Ya viste lo que pasó esta mañana? pues no ha querido comer, ni ha probado bocado á la ahora de esta, y ya nos hemos cansado de rogarle. Poco ha faltado para hincarme delante de ella ahora rogándole tomase el chocolate; pero todo ha sido en valde: mientras mas le rogaba, mas dengues me hacia el demonio de la muchacha, hasta que me enfadé y la dejé, diciéndole: Masque nunca comas en toda la vida, ¡ojalá te acabara de llevar el diablo! Y creeme que por no deshacerla á patadas, la he dejado y me he venido acá.

Ya se vé, ella no tiene la culpa: halló tan buen defensor en mi hermano, y por eso está tan cargada de razon. Lo que se quieren los muchachos es eso: hallar quien apoye sus picardías, y entónces no hay diablo que se averigüe con ellos; pero que se atenga Pomposita á su tío, y que siga chupando, que yo le juro que no me llamara Eufrosina, si no le hiciere escupir á bofetadas cuantos dientes tiene en la boca.

El coronel que habia escuchado sus honras en tan pocas palabras, no pudo ménos que incomodarse justamente y de-

circle: Oiga V. hermana: no hay que engañarnos; siempre buscamos á quien echar la culpa de nuestras malas acciones, cuando no tenemos la sinceridad suficiente para confesarlas por nuestras. La obstinacion con que la niña se niega á tomar el alimento, proviene de su resentimiento ó enojo, á que dió ocasion el imprudente castigo de V.; y perdone que se lo diga claro, pero V. ha tenido la culpa, y no yo que solo hice unas justas y sencillas reflexiones en su presencia.

En toda educacion bien dirigida se deben economizar los castigos cuanto se pueda; y cuando sean inexcusables, deben ser correspondientes á los defectos de los niños, y segun esta regla, yo no encuentro proporcion entre el defectillo que ha cometido mi sobrina y el grave castigo que V. le impuso; pues en un niño no es tan gran delito chupar un cigarro para sufrir una bofetada tan cruel. Jamas las preocupaciones dejarán de acarrear funestos resultados. El caballero Ragliff que fué el que introdujo el tabaco en Inglaterra, en tiempo de Jacobo I, se concilió con esto el odio general en tales términos, que levantándole muchos crímenes falsos, aña-

dieron entre ellos, que habia llevado una yerba con cuyas delicias se entretenian todos y se distraían del trabajo. El Parlamento, preocupado á favor de los deponentes, lo sentenció á la última pena, que sufrió en un cadalso este hombre de bien y benéfico á su patria; puntualmente por haberles enseñado á sus paisanos el uso de una yerba de que despues nan sacado tantos provechos. ¡Tal es la fuerza de la preocupacion!

Lo que mas noto yo en muchas madres es que se irrítan, se enfurecen contra sus hijos, y los suelen castigar cruelmente por una friolera, al tiempo mismo que les dejan pasar culpas bastante graves, que les acarrearán despues mil consecuencias funestas.

Yo no sé qué le dejo pasar á mi hija, decia Eufrosina; porque la que crie bien á sus hijos ha de ser como yo, aunque me tome la mano. Ya vé V. que en esa edad sabe leer y escribir, sabe todo el catecismo: está aprendiendo á bordar y á hacer trensitas de chaquira; á coser no, porque, gracias á Dios, tiene su padre y no ha de ser costurera; estas cositas se le enseñan porque no esté ociosa, y algun

dia sepa lo que está bueno y lo que está malo.

A mas de esto, ya V. ha visto que baila un campestre, unas boleras, unas cuadrillas, un vals, y todo con primor. El delante de la muchacha es habilísima, y como tiene buena voz, ya está aprendiendo á tocar y á cantar por arte: ello poco á poco; pero el maestro dice que la niña da muchas esperanzas porque es muy viva.

Por lo que mira al estulo, á la decencia, al aire de taco, al tono, y todas aquellas cosas que debe saber una señorita de su clase, que algun dia ha de hacer su papel, ya V. ha visto tambien que me he desputado por enseñársetas. Ella será una perra malagradecida si olvidare lo que yo he hecho por ella. Si sabe bailar, yo la he enseñado: si sabe comer con limpieza, tratar á todo el mundo segun su clase, vestirse con arreglo á las últimas modas, llevar el cuerpo con aire, manejar con garbo el abanico y todas estas cosas tan necesarias en una señorita, ¿á quién lo debe sino á mí? Y despues de esto, ¿habrá quien diga que yo he criado mal á mi hija?

Reprender á una persona sus defectos

sin tener autoridad para ello, decia el coronel, es una impolítica, en que yo no deseo incurrir; pero tambien el condescender con cualquiera persona apoyándola sus faltas, solo por lisonjearla, es una bajeza que no se conforma con mi genio. En esta inteligencia, yo no me determino á responder por ahora, á la pregunta que V. acaba de hacer; pero le aconsejo que por modo de diversion lea á ratos perdidos el tratado de educacion de Mr. el Abate Blanchard, que está en el tomo cuarto de la *Escuela de las costumbres*. Este autor tiene bastante aceptacion entre los sensatos, y el trozo que digo de educacion á mas de ser cortito, tiene mucha naturalidad y sencillez de estilo, por lo que no es fastidiosa su lectura. Conque léalo V. con atencion, y despues, si gustare podrá repetirme su pregunta.

Estaba yo bien fresca, decia Eufrosina, si me comprometiera á leer ese Blancar, ó Blandar ó lo que es. Vaya, que no faltaba mas sino meterme á beata fuera de tiempo. ¿Qué piensa V. que yo soy como la zonza de mi hermana que parece una criada de la casa ó una vieja camanduleira? Todo el dia se está la muy bobona ó

en la cocina, ó con la almohadilla, ó con el libro en la mano, que no parece sino novicia recoleta. Ya se vé, ella se hizo al modo de V. y le parecerá que tiene una vida de ángeles; pero yo, ¿cuándo, cuándo me habia de sujetar á esa vida? no digo teniendo proporciones; pero aunque fuera mas pobre que Aman, me sabria dar mis ratos para deshaogarme y cumplir con las atenciones de mis amigas; y no mi hermana que parece una india de pueblo. Ella ni sabe bailar, ni cantar bien, ni nada; ya se vé que ¿cómo ha de saber, si se niega á las tertulias, á los bailes y concurrencias de la gente lucida, donde se aprenden estas cosas tan necesarias á toda gente fina? Para ama de llaves, maestra de niñas, pretendienta de brígida ó capuchina, no tiene precio mi Matilde. ¿No es verdad, hermana?

Será lo que tú quieras, dijo Matilde; pero lo cierto es que como yo ya me acostumbré á esta vida, no se me hace pesada; ántes cuando tengo que concurrir á alguna parte donde hay bulla, lo hago por mero cumplimiento y porque no digan; pero te aseguro que estoy violenta, temiendo no suceda algo miéntras falto de

mi casa, y deseando volverme á ella lo mas pronto.

Si lo creo, hermana, contestaba Eufrosina, ¡sobre que todo es hacerse! Ya tú te has hecho á estar encerrada, y á ser una criada de tu marido y de tu hija, y de ahí no habrá quien te saque; aunque no te hagas muy santurrona, quién sabe si tú no vas á los bailes porque no te gustan, ó porque no te da licencia mi hermano. Vaya, que esto último me parece lo mas cierto, y esto se llama hacer de la necesidad virtud. A lo ménos tú eres mas chica que yo, y muy bien me acuerdo que de doncella eras muy alegre: vaya, si eras una sonaja. Todo el dia andabas saltando y cantando en casa: ello lo hacias mal, pero á tu gusto; y tambien te agradaban mucho las fiestecitas, los bailes y cuantas diversiones se te proporcionaban, de modo que si hubieras podido, hubieras sido apero de las tertulias, ó como dicen, perrito de todas bodas.

Esto es una verdad que tú no podrás negar: mira pues, si yo tengo razon para extrañar tu recogimiento presente, y para presumir que tu mudanza y tu gashoñería no provienen de virtud, ni de que

no te gusten las bullas, como dices, sino de miedo que tienes á mi hermano, ó de mucha barba que le quieres hacer. Vamos, no te pongas colorada: confiésala, y mas que no la pagues.

Yo me pongo colorada, dijo Matilde, porque te produces de esa manera delante de mi marido, quien tal vez pensará que estás hablando unas verdades, y de ahí inferirá que yo de muchacha era una loca andariega y amiga de fiestas, y de andar en la calle todo el dia; y que si ahora me estoy en mi casa, no lo hago de buena gana, sino á fuerza y de miedo por respeto suyo. Por esto me avergüenzo y me da cólera, y no por otra cosa.

No, hija, no tienes porque avergonzarte, dijo el coronel: estoy muy satisfecho, así de tu conducta anterior como de la presente: sé que si de niña doncella salias á la calle y te presentabas en los bailes, era conducida por tu madre, por tu hermana y por otras personas á quienes te confiaban; pero no porque tú jamas hacias empeño para ir. Por lo que toca á tu conducta presente, estoy mucho mas satisfecho, porque la observo mas de cerca, y vivo muy contento al lado de una señora

que siendo jóven, sabe desempeñar tan bien los títulos de madre, de esposa y de ama de casa. En esta virtud nada te debe avergonzar, cuando estás segura del ventajoso concepto que me debes, y en el que no te hago ningun favor, porque tú te lo tienes merecido.

¿Qué, no hay una escobita? dijo la necia de Eufrosina: no hay una escobita, señores, para recoger tan abundantes desperdicios? Vaya, vaya que ustedes se entienden la lengua lindamente. Yo me alegro mucho que V. esté tan satisfecho de Matilde, y de que ella esté tan contenta con V. Dios los guarde así por muchos años. Yo, hermana, por lo que hace á mí, te digo que muy buen provecho te haga tu santa vida; pero yo no te la envidio ni te la envidiaré jamas. ¡Ay! no, ni pensarlo. Dios me libre de que yo me viera casada y hecha una vieja rezandera ó una moza de á veinte reales. Primero me den cien tabardillos uno sobre otro y....

Vamos, hermana, no hay que afligirse, decia D. Rodrigo; si aun no llega este caso. Lo que yo quisiera fuera que V. se dedicara á la lectura de algunos libros buenos, que debian serla muy útiles en su

estado: v. g. *La Educacion de las hijas*, por el señor Fenelon: *la Familia regulada*, por el padre Arbiol: *la Eufemia ó la muger instruida*, por el aleman Campé: *Cartas de madama de Montaignon*: *La muger feliz*, y otros muchos que tratan del modo con que una muger debe conducirse con Dios, consigo, con su esposo, con sus hijos, con sus criados y con su casa; pero ya que veo que V. no tiene paciencia para tanto, me contentaria con que leyese ese tratadito de Blanchard que le digo; pues, por modo de diversion.

Estaba la diversion arrogante, decia Eufrosina: vamos, hermano, que V. me hace reir con sus candideces. Si supiera V. que no me gusta leer nada ¿qué dijera? y no solo porque no me gusta, sino que me falta lugar para mis cosas. No piense V., ahí tengo muy buenos libros que me ha comprado Langaruto, muy bien empastados y muy bonitos, y dicen que son de bello gusto, y tengo algunos muy divertidos, segun dicen. Pues, para qué he de mentir, yo no los he leído, pero todos lo dicen, y yo lo creo. Vea V.: tengo *las novelas de doña María de Sayas*, *las obras jocosas de Quevedo*, *las Aventuras de Gil Blas*, *la*

*Pamela*, *el Eusebio*, *novelas sin las vocales*, *la Clara*, *la Diana enamorada*, *la Atala*, *Alejo en su casita*, *Soledades de la vida y desengaños del mundo*, *D. Quijote de la Mancha*, y otros que no me acuerdo; y á mas de eso, un celemin de comedias y sainetes que mas bien lee Pomposita que yo. Conque vea V., si no tengo lugar de leer esos libros que son tan divertidos, ¿cómo me habia de poner á leer esas mistiquerías que V. quiere?

En verdad, hermana, contestó el coronel, que tiene V. un gran surtido de libros y comedias. Entre los que V. me ha señalado, unos son buenos; otros razonables, y otros perniciosos y de pésimo gusto; pero yo sin tratar de deprimir el mérito de los que lo tienen, digo que para aprender á ser buena casada, es mejor cualquiera de los que yo le cité, que todos cuantos V. tiene, y por eso me empeñaba en que leyera lo mas conciso; pero desisto de mi empeño en vista de que V. me asegura que no le gusta leer y que no tiene lugar, bien que yo creo mejor lo primero que lo segundo; porque ciertamente me hace fuerza que una señorita como V. no tenga lugar para de-

dicarse á leer un libro poco á poco.

Si no pareciera demasiada curiosidad, yo quisiera saber la distribucion que hace V. del tiempo; porque no puedo creer que sea este tan corto, ni sus quehaceres tantos, que no le dejen lugar para una cosa tan útil, y en que se podian emplear pocos minutos cada dia.

V. hermano, la verdad, se está haciendo de la casa de la Virgen, decia Eufrosina. ¿Conque no sabe V. cuáles son mis quehaceres? ¡Pobrecito de V.! ya se vé, como vive tan léjos de mi casa y nos vemos tan de tarde en tarde, ¿cómo ha de saber lo que yo hago? No obstante, oiga V. en que se me va el dia, para que vea si tengo ó nó que hacer.

Me levanto á las ocho ú ocho y media por lo regular: de esta hora á las nueve me desayuno: de las nueve á las diez me visto y me aseo para salir: á las diez tomo el coche y me voy á la Alameda á hacer ejercicio, ó al Parian á comprar algunas cosas, ó á casa de alguna amiga. En estas y las otras dan las doce, y me vengo á almorzar: despues en tomar la leccion de baile y recibir algunas visitas se va el tiempo hasta las dos ó dos y

media que viene mi marido y nos ponemos á comer: despues de esto, á las tres y media ó las cuatro me acuesto á dormir siesta hasta las seis: á las seis me levanto, tomo chocolate, me voy al paseo, ó me entretengo en vestirme hasta la siete, hora en que me voy á algun baile ó al coliseo; acabada la comedia ó el baile, que es bien tarde, me retiro á casa, ceno y me acuesto. Rara vez se invierte este órden, que es el ordinario, y eso por algunas visitas que vienen á casa, ó por alguna indisposicion que padezca, ó porque se arma acá la tertulia de repente, ó por otro motivo semejante, y entónces estoy mas ocupada con la atencion que exigen estas cosas. Vea V. si tengo ó no tengo harto que hacer, y si tendré lugar no digo para leer, pero ni para rascarme la cabeza.

Anda niña, dijo Matilde: no me admira que te pases una vida tan floja y holgazana, sino que tengas cara para contarla y te quedes tan fresca.

¿Y por qué no? respondia Eufrosina. ¿Pues qué, hago mal en esto? ¿no soy muy dueña de mi voluntad? no tengo proporciones para pagar mis criadas que me sirvan? y á mas de esto ¿no soy una señora

decente, y es preciso que me trate como quien soy? Ya bien veo yo que mi régimen de vida es enteramente opuesto al tuyo. Algo he observado; pero para que veas la diferencia que hay de trato á trato, dime ¿en qué gastas el dia por lo ordinario?

No tendré embarazo, dijo Matilde. Mira: no soy madrugadora: me levanto, por lo regular á las siete de la mañana: visto á Pudenciana y nos vamos á misa: venimos, y nos desayunamos: despues envio á la niña á la amiga y le dispongo el almuerzo á Linarte: el resto de la mañana se va en ir á la cocina, en la costura, en asear la casa, ó mil cosas; porque á ninguna muger le falta que hacer en su casa cuando es muger y quiere estar ocupada; á las doce envio por la niña, me pongo mi delantal para no ensuciarme, y voy á la cocina á sazonar el plato de mi esposo....

¡Virgen! ¿hasta eso? dijo Eufrosina: pues ¿qué no tienes cocinera? ¿aunque fuera ya! —Sí tengo, pero quiero que Linarte coma á su paladar, no al de la cocinera; y como nadie conoce su gusto ni su modo mejor que yo, de ahí es que yo misma le sazone la comida. Mas como iba dicien-

do: luego que acabo este gran trabajo, me lavo las manos y me vuelvo al estrado con mi costura hasta la una, hora en que por lo regular viene mi esposo de la calle: platica un rato ó se divierte un poco con su niña miéntras ponen la mesa y vamos á comer. Acabada la comida reposamos un rato hasta las tres ó poco mas; él suele irse, y yo me pongo en el estrado rodeada de mi familia, ó con el bastidor ó con la almohadilla hasta las cuatro y media que van por mi hija: luego que esta viene, rezamos el rosario, y les leo algo del catecismo, á mi hija, á Tulitas (\*) y las mozas; pues, porque ya sabes que es obligacion precisa de los amos el enseñar la doctrina á sus criados; en esto dan las oraciones, se van á sus quehaceres, las niñas á jugar, y yo á guardar mi ropa. A esta hora viene Linarte, tomamos chocolate, y unas veces nos ponemos á platicar, otras me entretengo en tocar mi clave, ó me voy á tu casa, y alguna vez al coliseo, ó á alguna visita, segun estoy de humor, en cuyas diversiones me entretengo has-

(\*) Esta Tulitas era la niña Gertrudis que sirvió de aya á Pudenciana en su infancia, y de la que se habló al principio de esta historia.

ta las diez ó poco mas, hora en que cenamos y nos recogemos muy contentos.

Con este método de vida ni yo acabo mi salud, ni los pobres sirvientes se molestan; porque ya tú ves que es una grande imprudencia de aquellos amos que, despues de hacer trabajar á sus criados todo el dia, los tienen en vela hasta las quinientas de la noche que llegan á sus casas del juego, de la tertulia ó la visita. En fin, con este método de vida ya verás que me sobra lugar para leer cuanto quiero.

Pues tienes una vida angelical, hermana, dijo Eufrosina: dichosa tú si te salvas; pero la verdad yo no te la codicio; porque ese trato no es para una señora decente, sino para las rotitas de casa de vecindad; y no para todas, sino para aquellas pobres hipócritas que se hacen muy virtuosas, muy recogidas, y muy mugeres de su casa, no por voluntad sino por fuerza. No van al coliseo, porque no tienen con que pagar el palco ó el asiento, ni se presentan en los paseos públicos ni en los bailes, porque les sobra vanidad y les falta coche y el lujo que desean para competir con nosotras; pero tú que eres me-

dio mística, ya sabes que esto no es mugerio ni virtud, sino mucha soberbia y vanidad; y despues de todo, niña, semejante vida, ocupacion y encierro, no se quedan para una señora de tu clase.

¿Quién dice que no? replicó el coronel. ¿Pues qué las señoras decentes gozan alguna prerogativa ó privilegio para no cumplir con las obligaciones de su estado? ¿La buena cuna ó las riquezas pueden alguna vez servirnos de razon para substraernos de la ley general, que nos prescribe, sin distincion de clases, llenar nuestros deberes dignamente? Yo por cierto tengo entendido lo contrario. La nobleza, la fina educacion, los puestos elevados, las riquezas y todas las ventajas que proporcionan la naturaleza y la fortuna, tan léjos estan de eximirnos del cumplimiento de las leyes, que ántes bien nos someten á su yugo con mas imperio, porque el que mas ha recibido, mas debe; y así las señoritas que han recibido unos buenos principios, y que se distinguen por su clase del comun del vulgo, deben comportarse siempre mejor que los vulgares, sin jamas alegar las preeminencias que gozan para faltar á sus obligaciones; pues como di-

je, sus mismas distinciones las estrechan para obrar con mas arreglo y escrupulosidad que los demas.

Pues bien, dijo Eufrosina: sea de eso lo que fuere, lo cierto es que ni V. ni yo hemos nacido para reformar el mundo: así lo hallamos, y así lo hemos de dejar. ¿Qué nos importa que las gentes anden de piés ó de cabeza? Al fin no hemos de dar cuenta á Dios de nadie: ¿para qué nos hemos de meter en camisa de once varas?

A mas de que no es tan bravo el leon como lo pintan; pues, quiero decir, no debe ser mi vida tan descarriada como V. la supone, pues si eso fuera no tuvieran tantas la misma vida que yo, y algo mejor; pero ya ve V. cuantas señoritas hay que no emplean el tiempo sino en componerse, pasear y divertirse; y hacen bien de gozar de la vida y de tratarse como quienes son, si no ¿en qué se han de distinguir de las rotas y pingajosas de casa de vecindad, como ya he dicho?

¡Válgame Dios, hermana, dijo el coronel, y cuántas equivocaciones padece V! Acaso porque hay en efecto muchas señoritas lujosas y paseadoras, que todo el tiempo de su vida, ó á lo ménos los dias

floridos de su juventud, los consagran á la moda, á la disipacion y á la fruslería, abandonando sus mas precisas obligaciones, ¿créa V. que se halla disculpada de algun modo la que las imita? De ninguna manera, hermana: la multitud de viciosos jamas ha justificado el vicio. No porque hay muchos ébrios y ladrones, tendremos por licito el robo ó la embriaguez. Nuestra naturaleza, corrompida por la culpa, siempre se inclina á satisfacer nuestras pasiones atropellando con la ley y la razon, y esta es la causa de que los perversos y abandonados tengan tantos imitadores; pero esto, ya digo, se hace atropellando la ley y la razon, pues siempre que queremos escuchar el poderoso grito de la conciencia, tenemos los auxilios necesarios para no delinquir, y unos de estos auxilios son los buenos ejemplos de otros, que no queremos seguir.

El apóstol S. Pablo decia que sentia en sí dos leyes, la del espíritu y la de la carne; esta, enferma y corrompida que lo inclinaba al mal; y aquel, sano y pronto para inspirarle el bien. Todos sentimos las mismas leyes; pero obedecemos la material que lisonjea nuestros sentidos y ape-

titos, no queremos sufrir la contradiccion que hace el espíritu á la carne: y así con desprecio de aquel adulamos esta, aun conociendo que hacemos mal, porque á nadie se le oculta su delito; y acosado del temor que se sigue á la infraccion de la ley, ¿qué hacemos? Buscamos pretextos y disculpas que, aunque engañosamente, nos consuelen y tranquilicen.

Una de estas disculpas, y quizá la mas frecuente ó la que tenemos mas á mano, es la multitud de infractores que se nos presentan á la vista. Entónces nuestro amor propio, diestrísimo adulador, nos persuade, ó que no hacemos mal, ó que nuestro proceder no es el peor, cuando hay tantos que obran lo mismo que nosotros; pero esta disculpa es tan capciosa y frívola, que no nos penetra el interior, porque al instante se nos vienen á la memoria otra multitud de individuos, cuyos buenos ejemplos y arreglada conducta, destruye nuestra sofisteria y reprende nuestros excesos.

Por ejemplo, es constante que en Méjico, así como en toda ciudad populosa, hay una porcion de señoras, que ocupadas ó consagradas del todo al lujo, á la bulla, á la disipacion y á peores cosas, se

desentienden del cuidado de sus obligaciones, abandonando su casa, sacrificando al marido, corrompiendo á sus hijos, escandalizando á los criados, y olvidándose enteramente de que son esposas, madres y amas de sus casas. Es cierto, repito, que por desgracia abundan estos ejemplares; pero tambien es evidente que no faltan otras muchas señoras modestas en su trage, fieles á sus esposos, atentas en la educacion de sus hijos y familia, hacendosas en su casa, económicas de su hacienda, y enteramente muy cristianas y escrupulosas observadoras de todas sus obligaciones.

Qué dice V., ¿no es verdad que hay muchas señoras de estas en Méjico? ¿No conoce V. algunas de ellas? ¿Pues cómo no se acuerda de sus ejemplos para seguirlos, y solo me cita en su abono el extraviado proceder de las demas? Conque, hermana, no hay disculpa. Es preciso confesar que obramos mal por nuestro gusto, sin atenernos á que otras obran lo mismo que nosotros, pues tenemos ejemplos en contrario que debemos imitar.

Calló el coronel, y Eufrosina con una risita burlona le dijo: ¿Sabe V., hermano,